

á lo demás, he dejado de ser superior vuestro desde el instante en que presenté mi dimisión. Ante vos no hay sino un caballero que os ha insultado en presencia de otro caballero y ratifica el insulto y os repite que sois un canalla, ¿ois? ¡un canalla!

—¡Señor conde!—dijo el embajador.

—¡Basta!—exclamó Lotario con acento de amargura.

—¡Ah! ¡empezáis á sentir la afrenta!—profririó Julio;—pues bien, dentro de un cuarto de hora recibiréis dos palabras más y haréis lo que os prescribiré en ellas. Hasta la vista.

Y volviéndose hacia el embajador, el conde de Eberbach añadió:

—Pido mil perdones á vucencia por haberme propasado á escoger su casa para esta escena necesaria; pero era menester que estuviere presente un hombre de honor á fin de que la ofensa fuese completa, y vos habéis sido el primero en quien he pensado.

Julio saludó y se salió.

VIII

León asechando su presa

Eran las doce y media de la noche cuando Samuel regresó del banquete de Maisons á su cubil de Menilmontant, á cuya puerta llamó dos ó tres veces sin que su criado acudiese á abrir.

—¡Marcelo! ¡Marcelo!—gritó Gelb, acompañando sus voces con el ruido de la campanilla.

Por fin el criadito acudió al llamamiento, empuñando una linterna sorda y dirigiendo la luz al rostro de su amo.

—Soy yo—dijo Samuel;—abre pronto.

Marcelo abrió la reja.

—Creí que ibas á hacerme dormir al raso—dijo Samuel atravesando el jardín.—Venturosa edad, añadió con ironía, en que los remordimientos no le impiden á uno dormir como un tronco; pero sabe que el dormir de un modo tan pesado está más permitido á los niños que á los criados. ¿Acabará de despertarte?

Por más que el muchacho se restregaba los ojos, los párpados volvían á cerrársele, y, cual si estuviere borracho de sueño, se tambaleaba, amenazando dar consigo en tierra; pero el frescor de la noche iba venciendo poco á poco su somnolencia.

—Cierra la puerta—dijo Samuel al criadito, una vez los dos hubieron penetrado en la casa.—Ahora vente conmigo á mi cuarto; tengo que hablarte.

Ya arriba, Gelb encendió una vela y preguntó:

—¿Ha venido alguno por mí?

—Sí, señor—respondió Marcelo,—un caballero.

—¿Quién?

—El señor conde de Eberbach.

Samuel no manifestó la menor extrañeza.

Por más que á las tres de la tarde hubiese dejado á Julio inquieto respecto de Federica, y debiese haber sospechado que semejante visita hecha inmediatamente después de haber aquél visto á su mujer, debía de tener relación con tal inquietud, no pareció preocuparse poco ni mucho.

—¿No te ha dado encargo alguno para mí el conde?—preguntó Samuel con indiferencia.

—No, señor. Le he dicho que vos no estabais en casa y que no os recogeríais temprano. Me ha parecido que le sabía mal el no haberos encontrado, pues ha hecho un gesto de contrariedad; luego se ha subido de nuevo á su coche y ha partido.

—¿Y aparte del conde ha venido alguien más?

—No, señor.

—Está bien. Ahora escucha y vuélvete todo oídos. Voy á darte mis instrucciones para mañana. Presta atención, porque como te equivoques en un solo gesto ó siquiera en una sola sílaba en cuanto debes hacer ó decir, te despido; en cambio, si ejecutas puntualmente y con maña mis órdenes, te ganas cien pesetas.

—¡Cien pesetas!—exclamó Marcelo despabilado del todo.

—Tuyas serán mañana por la noche.

Samuel explicó entonces al criadito lo que éste debía hacer.

La explicación hizo en el ánimo de Marcelo una entrada triunfal, acompañada de un alegre retintín de pesos duros.

—Nada temáis, señor—dijo el muchacho,—os prometo que quedaréis complacido. De mí os responden las cien pesetas; mentiré cuanto queráis.

—Ahora vete á dormir.

Marcelo se subió á su desván, y Samuel se acostó tranquilamente, no despertándose hasta la llegada del día; pero no bien el primer rayo de sol invadió su dormitorio, aquél abrió los ojos, echó pie á tierra y se vistió. Luego abrió un poco el postigo, de modo que, sin ser visto, pudiese inspeccionar el jardín, y percibió á Marcelo que, ya levantado, estaba aguardando.

—¡Psit!—hizo Samuel.

Marcelo levantó la cabeza.

—¿Te acuerdas bien de todo?—le preguntó Gelb.

—Sí me acuerdo, mi amo—respondió en alta voz el criadito.

—Está bien.

Samuel cerró el postigo, se fué á su estudio, tomó libros, tintero y plumas, y pertrechado de esta suerte se subió á una de las buhardillas, donde se encerró bajo llave.

La buhardilla tenía una angosta abertura al través de la cual se descubrían el jardín y la calle.

Por aquella imperceptible lumbrera, Samuel podía asistir, como testigo invisible, á todas las idas y venidas de quienquiera viniese á verle.

Gelb se puso á leer, á escribir y á tomar apuntes; pero esta labor evidentemente no era para él sino una distracción, un modo de matar el tiempo y de hacer menos sensible la espera.

¿Qué estaba aguardando? Quien le hubiese visto esforzándose en fijar la atención en el libro que ante sí tenía abierto, y del que repentinamente desviaba los ojos para escrutar con mirada sombría y ávida la calle; quien, conociéndole, le hubiera visto agazapado en aquella buhardilla como en su antro, involuntariamente le habría comparado con una bestia fiera asechando su presa.

Las horas iban deslizándose y todo seguía lo mismo.

La impaciencia empezaba á apoderarse de Samuel, cuyos marmóreos músculos se le contraían de vez en cuando.

Aquel jugador terrible que tantas veces arriesgara su vida ó la de los demás á la carta de su ambición ó de su orgullo, es seguro que en aquel momento estaba jugando una de esas partidas siniestras y formidables en las que su inteligencia trataba de entrapar al destino.

Sin embargo, lo que redoblaba su ansiedad, lo que le hacía experimentar una emoción hasta entonces para él desconocida, lo que le encendía la sangre en las venas y la mirada en las pupilas, era que por la primera vez en su vida, él, el hombre de acción por excelencia, se veía reducido á desempeñar un papel pasivo. No le cabía sino cruzar los brazos. Cazador infatigable y rabioso, acostumbrado á perseguir la caza al través de los jarales, ahora se veía constreñido á permanecer inmóvil en su tabuco, como la araña en su nido, aguardando á que las moscas viniesen á enredarse en las mallas de su tela.

Por lo demás, aun cuando Samuel estaba solo y nadie podía verle, la impaciencia y las ansias que le roían no daban fe de ellas sino por medio de casi imperceptibles contracciones de los labios y de los párpados.

Luego se ponía nuevamente á leer y á escribir.

De esta suerte transcurrió el tiempo hasta el mediodía.

Prontamente Samuel se estremeció cual si hubiese recibido una descarga eléctrica. Acababan de llamar al rejado del jardín.

Gelb miró por la lumbrera y vió, delante de la reja, un coche del que se acababa de apeaar Lotario, y á Marcelo, que acudía á abrir. Entonces aguzó el oído, pero no pudo recoger palabra alguna. Sólo vió que Lotario hacía un gesto de desesperación y que al parecer insistía con empeño en lo que decía á Marcelo. Poco después el joven y el criadito entraron en el jardín y se dirigieron hacia la casa.

—¡Ah!—murmuró Samuel temeroso—¿si va á conducirlo aquí ese bestia?

Y después de cerciorarse de que la puerta de la buhardilla estaba bien cerrada, se colocó de manera que no pudiesen verle al través del ojo de la cerradura, permaneciendo inmóvil para no hacer el menor ruido.

Nadie subió á la buhardilla.

Cinco minutos después, Gelb oyó en el jardín la voz de Lotario.

Marcelo condujo de nuevo al joven, que se subió otra vez á su carruaje y desapareció.

Casi al mismo instante llamaron á la puerta de la buhardilla.

—Soy yo—dijo Marcelo.

—¿Qué hay?—preguntó Samuel descorriendo el cerrojo y abriendo la puerta.

—Ha venido el señor Lotario.

—¿Qué te ha dicho?

—Quería veros. Estaba muy turbado. Según ha manifestado, tenía absoluta necesidad de hablar con vos. Entonces yo, cumpliendo vuestras órdenes, le he dicho que acababais de salir. «¿Sabes donde está?» me ha preguntado. Yo le he respondido que no; pero al notar su contrariedad, he añadido: «No sé que deciros». Verdaderamente ha puesto un rostro tan amarrido, que me han dado impulsos de reirme.

—¿Qué papel es este?—preguntó Samuel al notar una carta en la mano de Marcelo.

—Como no os ha hallado, me ha pedido recado de escribir.

—Daca pronto—dijo Gelb arrancando la carta de manos del muchacho. Y luego añadió:—Vuélvete á tu sitio y continúa como has empezado. Por ahora te has ganado ya cincuenta pesetas.

Marcelo se salió de la buhardilla, y Samuel, una vez hubo cerrado de nuevo la puerta, abrió el billete y vió que decía:

«Señor mío y querido amigo: Voy á pedir consejo y protección. Ha llovido sobre mí una gran desgracia, y vos, solamente vos podéis salvarnos á todos. Entre mi tío y yo hay una equivocación terrible que no acierto á explicarme. Ignoro qué puedan haberle dicho contra mí; pero sí sé que nada he hecho contra él. Sin embargo, ¡si vos supieseis! en público, sí, en público, delante del embajador de Prusia, el conde de Eberbach me ha ofendido de tal suerte, que si no me restituye la honra, no me queda sino desafiarle ó suicidarme.»

Al llegar aquí Samuel no pudo menos de sonreirse.

«Es imposible—continuó leyendo éste—que permanezca yo bajo el peso de semejante afrenta. Voy á deciros lo que ha pasado; á vos todo puedo deciroslo: ¡el conde de Eberbach me ha arrojado su guante al rostro! ¡y os repito que el embajador de Prusia estaba presente! Ya lo veis. Por desgracia el conde de Eberbach es mi tío, y menester será que un amigo común intervenga. Vos sois en quien inmediatamente he pensado. El embajador de Prusia, testigo del ultraje, por su carácter oficial no puede intervenir en este negocio de familia.

»Demás, vos tenéis más ascendiente que no él en el ánimo del conde.

»Me habéis dado ya tantas pruebas de devoción, que no vacilo en pedir os esta otra.

»La cabeza se me va.

»¿A quién me dirigirá si vos no regresáis á tiempo? Ir á Enghien para avisar á Federica, no es del caso, pues estos no son negocios que permitan la ingerencia de mujeres. Ya veis que no puedo sino contar con vos. Abocaos con mi tío, y sabiendo, por este medio, qué tiene, os será fácil desvanecer las tinieblas en que nos vemos envueltos.

»Yo nada sé, ni nada puedo. Por toda explicación, el conde de Eberbach me ha enviado un reto citándome para un sitio á doscientos pasos del puente de San Dionisio. Ando verdaderamente á tientas. Hay para volverse loco de vergüenza y de dolor.

»Si regresáis, por favor os ruego que acudáis presto; de lo contrario no me queda sino escoger entre el duelo ó el suicidio.

»LÓTARIO.»

—¡El suicidio!—profirió Samuel restregándose las manos. —¡Caramba! es una solución que no se me había venido á la mente; pero no sería la peor.

Gelb se entregó de nuevo á la lectura; y á esta ocupación hacía unos tres cuartos de hora que entregado estaba, cuando sonó otra vez la campanilla.

Samuel volvió á mirar al través de la lumbre y vió á un criado que ostentaba la librea del conde de Eberbach.

Marcelo acudió á abrir la reja.

Como á la llegada de Lotario, Gelb se hizo todo oídos para recoger algunas palabras; pero inútilmente también.

La única ventaja que reportó ahora, fué que tuvo que aguardar menos tiempo, pues casi al punto vió al criado de Julio entregar una carta á Marcelo y volverse.

Este último cerró nuevamente la reja, y pocos segundos después llamó á la puerta de la buhardilla, que se abrió inmediatamente.

—Era un criado del conde de Eberbach—dijo Marcelo,— que ha venido con orden de entregaros esta carta en mano propia; pero como le he dicho que acababais de salir, la ha dejado y se ha ido.

—Dame y vuélvete—repuso Samuel.

El cual, al encontrarse otra vez á solas y después de haber cerrado nuevamente la puerta, introdujo con precaución la hoja de un cuchillo debajo del sello de la carta del conde, cuidando de dejar intacto el lacre; luego levantó la tapa del sobre y extrajo de él la carta, en la que se referían los hechos con dura y no interrumpida indignación.

La síntesis de la mencionada carta era la siguiente:

*Samuel sabía que el día anterior Julio había estado aguardando á Federica y su incomparencia inspirádole cuidados; pero á la joven la asistía una razón poderosa para no haber acudido á casa de su marido, y era que la habían robado.

*¿Quién? era evidente que no podía ser sino Lotario. Así se libraban del estorbo que se oponía á sus amores. Julio estaba seguro de que el raptor era Lotario, pues había interceptado un billete sin dirección, en el que Federica decía á un amigo, que no podía ser otro que éste, que se reuniese cuanto antes á ella en el sitio convenido de antemano.

*Además, la fuga de Federica coincidía con la partida de Lotario, quien asimismo desapareciera el día anterior, so pretexto de presidir el embarco de emigrantes alemanes en el puerto del Havre.

*Por la mañana del día en que estaba fechada la carta, Lotario había regresado en instalando á Federica en alguna misteriosa aldea; pero no regresado para quedarse, sino para partir de nuevo el mismo día, como lo demostraba el que Julio le había sorprendido en el instante en que solicitaba audiencia del embajador.

*No, mientras yo aliente—decía el conde al llegar aquí

de su carta,—Lotario no volverá á partir, no impunemente me habrá robado la honra este canalla. A él y á su cómplice les he desheredado.»

Luego Julio, después de indicar que había dado una cita á Lotario, á la que éste debía acudir á la caída de la tarde, y que dentro de algunas horas uno de los dos habría sucumbido, añadía:

*Tú eres el único amigo que me queda en el mundo, y por lo tanto lo que primero se me ha acudido ha sido rogarte que fueses mi testigo en este duelo á muerte; pero como de llevar yo uno, era menester que á Lotario le acompañase también otro, y nadie aceptaría el ser testigo de un duelo del que no le revelasen la causa, yo, que no quiero que un extraño entre en la confidencia de mis dolorosos secretos, he resuelto que á él ni á mí nos acompañe testigo alguno.

Con una sola pistola cargada y Dios por testigo, hay bastante.

*Antes de correr este albur terrible, tengo que hacerte á tí, el único amigo que me queda, algunos encargos supremos. Te ruego, pues, que tan pronto recibas ésta te vengas inmediatamente á mi casa, donde te aguardaré hasta las cinco.»

—Todo marcha á las mil maravillas—dijo Samuel, soltando una carcajada siniestra.—Pero ¡qué poca inventiva y qué poca aptitud tienen esos infelices seres humanos, y cuán pobre es la imaginación del acaso! Todo pasa como yo había calculado: mis actores no yerran una sola sílaba de sus papeles respectivos; ni á uno de esos muñecos se le ocurre desbaratar mi plan, introduciendo en él una impensada y pequeña variante. Obran según mi antojo; pacen donde les he atado. ¡E iba yo á compadecerme de ese rebaño y á mover con tiento el hilo del que tiro, temeroso de descalabrarles! ¡Bah! puedo hacer que se aporreen entre sí y convertirles en jigote, sin temor á perjudicarme el alma. Obran según mi voluntad y no piensan sino como á mí me place... Quisiera que ya hubiese llegado la noche.

Samuel volvió á cerrar, con sumo tiento, la carta de Julio, de modo que éste no pudiese conocer que la habían abierto,

y acercando luego la boca á la lumbrera, se puso á silbar una aria de la *Mutta*.

Sin duda era una señal convenida, porque Marcelo subió inmediatamente.

—Toma esta carta—dijo Samuel á su criado,—y si vuelven de parte del conde de Eberbach, di que todavía no he regresado y que por lo tanto no has podido dármela.

Marcelo tomó la carta.

—Ahora—continuó Samuel,—súbeme el almuerzo, pues se acerca la de sentir hambre.

Diez minutos después, Marcelo subió de nuevo con una chuleta, pan y vino.

Samuel comió y bebió con avidez. Su apetito, retardado por la emoción de la incertidumbre, quería recuperar el tiempo perdido, ahora que aquél, sabedor de la provocación y de que el asunto iba adelante, estaba más tranquilo.

En almorzando, Gelb anudó su tantas veces interrumpida lectura, y aguardó.

Poco más ó menos á las cinco y media, se detuvo otro coche á la verja de la casa, del que vio Samuel apearse al conde de Eberbach.

Marcelo fué á abrir el rejado, y á la primera palabra que el criadito dirigió á Julio, éste hizo un gesto de amarga contrariedad; luego entró en el jardín y se encaminó hacia la casa; de la que salió media hora después para subirse nuevamente al coche y partir.

El criadito se puso en dos saltos en la buhardilla, y dijo:

—Era el conde de Eberbach.

—¿Qué te ha dicho?—preguntó Samuel.

—Yo le he manifestado que vos no habíais regresado aún, lo cual ha parecido apesadumbrarle mucho. Entonces me ha dicho que os aguardaría, y ha entrado. Obedeciendo vuestras órdenes, le he entregado la carta que vos habéis recibido este mediodía; y habiéndola tomado, la ha estrujado entre los dedos y se la ha metido en el bolsillo. Después ha empezado á pasearse de arriba abajo, como quien está impaciente, y á cada punto fijaba los ojos en el péndulo y sacaba su reloj del bolsillo. Por último ha dicho: «No puedo aguardar más». Yo le he preguntado entonces si quería dejar algún recado para vos, y me ha respondido: «No, es demasiado tarde, no vale la pena». Y se ha ido.

—Toma—dijo Samuel sacando un cartucho de su bolsillo,

—ahí van diez pesos fuertes; si queda bien justificada tu discreción, pasado mañana te daré otros diez.

Fué tal la alegría que experimentó Marcelo, que la voz se le anudó en la garganta.

—Vuélvete á tu sitio—dijo Samuel;—es menester que continuemos todavía por espacio de otra hora. Creo que no va á venir nadie más; pero no importa, sigue vigilando. Nunca está de más un exceso de precaución. Vé; estoy satisfecho de ti.

Marcelo se volvió á su sitio, y Samuel aguardó una hora más.

—Ahora están en San Dionisio—dijo éste entre sí, al dar las seis y media;—ya puedo mostrarme.

Samuel bajó á su vez, y llamando á Marcelo, le dijo:

—Si por acaso vienen á preguntar por mí, responde que he regresado, que me has comunicado la llegada del conde de Eberbach, que he leído la carta de Lotario, y que sin pérdida de tiempo he salido para el palacio del conde.

Gelb salió, alquiló un simón, y se hizo conducir directamente á la morada de Julio.

—¡Con qué impaciencia os ha estado aguardando el conde!—dijo Daniel saliendo al encuentro del amigo de su amo.

—¡Qué!—profirió Samuel—¿no está en casa?

—No, señor. Os ha aguardado hasta las cinco, pero se ha visto obligado á salir. Y por cierto que el no haberos visto antes le tenía muy desahogado y triste. Creo que ha ido á Menilmontant.

—Cuando él ha llegado allá yo estaba fuera—repuso Samuel,—y tan pronto como al volver á entrar en casa me han notificado su visita, me he venido. ¿Sabéis qué desea?

—No, señor—respondió Daniel;—pero es forzoso que le haya sucedido algo al señor conde. Nunca le he visto tan turbado como desde ayer. ¿Ya sabéis que la señora condesa no está en Enghien?

—Tal vez—profirió Samuel.—¿Y el conde sabe dónde está la señora Federica?

—El señor conde nos ha dicho que sí lo sabía; que la señora condesa se había ido por orden de él á otro sitio del campo donde los aires son más saludables. Pero como la agitación del señor conde empezó ayer en el preciso momento en que le comuniqué la partida de la señora condesa, me parece que tal partida le causa mayor pesadumbre que no ha

querido manifestarnos. Probablemente se debe á esto su deseo de veros.

—Efectivamente es probable—profirió Samuel.—Pues bien, ya que desea verme, voy á aguardarle. Abridme la puerta de su estudio.

Daniel introdujo á Gelb en el estudio del conde de Eberbach, y le dejó á solas con los libros y su pensamiento.

—A estas horas—decía para sí Samuel, mirando las sombras que empezaban á invadir la tierra—se están cumpliendo mis designios, y esos dos autómatas que se creen hombres obedecen al impulso que les ha impreso mi deseo. Se están batiendo á muerte, sí, y de ellos no regresará vivo más que uno. Si Julio perece á manos de Lotario, éste no podrá decorosamente casar con la condesa viuda; porque ¿qué diría la sociedad, qué la santa moral, de una mujer que se uniera en matrimonio con el matador de su marido? No, entre Federica y Lotario se levantaría la más insuperable de las vallas: un cadáver. Además, por mucho que ella se empeñase en casar con él, yo me opondría. Consentí en que tomase á Lotario por esposo, por generosidad, porque era el modo de enriquecerla, porque esta era la condición que impuso Julio para legarles su fortuna. Pero ahora que éste ha desheredado á Lotario, y siendo yo, como soy, según me ha escrito, el único amigo que ha tenido en el mundo, ¿á quién puede transmitir todos sus bienes sino á mí? Apostaría tres contra uno que si abro el testamento que debe de estar en uno de los cajones de esta papelera, hallo consignado en él mi nombre con todas sus letras. Esto supuesto, de casar yo con Federica la enriquezco, y mi generosidad, que antes consistía en sacrificarme, estriba desde ahora en presentarme. Retiro mi autorización y recuerdo á Federica su compromiso por abnegación hacia ella. Así pues, la muerte de Julio produce dos resultados, que me hacen dueño, los dos, de Federica, pues siendo yo rico, Lotario queda completamente anulado en este punto. Si sucede lo contrario, es decir, si Julio mata á su sobrino, todavía mejor, pues volvemos precisamente al ser y estado que en el día de la boda, y no me queda sino un rival endeble y moribundo, á quien tales emociones habrán dado el golpe de gracia. Por lo demás, si tanto le cuesta morir, ahí estoy yo para ayudarle. En este caso, una de dos: ó antes de expirar tendrá tiempo de reconciliarse con Federica y de rehacer su testa-

mento en pro de ella, y entonces ésta me aportará su fortuna, ó morirá antes de haberse reconciliado y yo seré su heredero, y entonces soy yo quien aportaré su fortuna á Federica. De modo que tanto si se reconcilia como no, Federica y los millones me pertenecen. ¡Je! ¡je! está muy bien urdido. Ea, no he declinado.

Interin Samuel se entregaba á sus meditaciones, la noche había cerrado por completo y Daniel entrado en el estudio para encender las lámparas.

Entretanto las horas iban transcurriendo y Julio no parecía. Sin embargo, era imposible que, vivo ó muerto, no volviese ó no le trajesen á su palacio.

Era evidente que para batirse, Lotario y Julio no debían haber aguardado á que oscureciese. Suponiendo que se hubiesen batido á las seis y media, un duelo tal, llevado á cabo con tanta saña, no dura sino contados segundos; y eran ya las ocho y media, es decir, había transcurrido el tiempo suficiente para que Julio hubiese matado dos veces á su contrario, ó éste á aquél, y regresado á su casa.

A Samuel se le ocurrió una idea que le hizo sonreír del modo extraño que le era peculiar. Como Julio y Lotario se encontraban sin testigos, tal vez por haberse negado el primero á batirse á pistola, habían acudido á la espada y dándose muerte mutua y simultáneamente. En este caso el retardo se explicaba por sí, ya que no hubiera quedado sobreviviente para meter al muerto en un coche.

Por los ojos de Samuel cruzó un rayo de alegría, tan pronto apagado como nacido; pero no se atrevió á esperar tanto; era exigir demasiado de la suerte.

Así pues, rebajó sus pretensiones y se contentó con un cadáver.

—¡A lo menos que llegue Julio—dijo entre sí Samuel,—y no se haga esperar por tal modo el resultado de mis tramas! Elija pronto el destino, de los dos, al que prefiera suprimir.

En esto sonaron las nueve.

Samuel, á quien la sospecha que algún incidente había desbaratado ó diferido el duelo empezaba á inspirarle cuidados, oyó por fin entrar un coche en el patio; pero por más que se acercó apresuradamente á la ventana y puso toda su voluntad en los ojos, nada vió. El patio estaba envuelto en densa obscuridad y la marquesina que protegía contra la lluvia la escalinata ocultaba completamente el coche.

Gelb se sentó otra vez, y tomando un periódico y fingiendo la mayor indiferencia, hizo como que leía.

A poco se abrió la puerta del gabinete, y Samuel, que volvió con toda tranquilidad el rostro, vió parecer en la penumbra y convertido en sombra á su vez, á Julio pálido y tambaleándose.

IX

Explicación

El conde de Eberbach, al ver á Samuel, de pálido se tornó lívido y sintió inundada de helado sudor la frente.

—Te he estado aguardando hasta ahora, porque me han manifestado que tenías que hablarme—profirió Gelb levantándose y sin que en su cara se trasluciese la menor emoción.

Julio no respondió palabra.

—Me han dicho que estabas desasosegado—continuó aquél,—y como sé la causa, vengo á tranquilizarte.

—¿Tú sabes la causa?—tartamudeó Julio.

Y tendiéndole la carta que él había escrito aquella mañana, dijo:

—Lee.

Samuel hizo que leía la carta que ya leyera, y de improviso pareció llenarse de espanto.

—¡Infeliz!—exclamó—¡has sospechado de Lotario!

—¡Samuel!—dijo Julio con arrebató y asiéndole del brazo—te prohibo que nunca más vuelvas á pronunciar este nombre en mi presencia.

—Es que yo quiero saber qué ha sucedido—repuso Gelb.—¿De dónde vienes? ¿qué has hecho? Has provocado á Lotario, sin ver ¡infeliz! que para nada ha intervenido en la partida de Federica.

—¿Federica?—repitió Julio—¿tú sabes dónde está?

—Claro que lo sé—respondió Samuel.

—¿Dónde?

—Voy á decírtelo; pero ve lo que has hecho con tu precipitación... Lotario *era* inocente.

—No se trata de Lotario—profirió Julio con gesto sombrío.—Háblame de Federica.

—La historia es por demás sencilla—dijo Samuel.

—Te escucho.

Samuel refirió entonces á Julio, que estaba impasible y hosco, las causas y los pormenores de la partida de Federica.

Desde el lance de Enghién, donde el conde de Eberbach pareciera de un modo tan atropellado y violento en medio del coloquio de los dos jóvenes, Federica experimentaba una mortificación continua, aumentada de día en día por las genialidades más y más téticas de su marido.

Aquella alma suave y timorata se acusaba de entristecer y martirizar involuntariamente á un corazón que la amaba, á un moribundo, á su bienhechor.

Además, las dos ó tres veces que Lotario la había encontrado en el camino de Enghién á París y hecho detener su carruaje, la joven no le había dirigido la palabra sino para rogarle encarecidamente que se abstudiese en absoluto de provocar tales encuentros, que podrían llegar á oídos del conde de Eberbach, y, mal interpretados, turbar los últimos días del hombre á quien debían todas sus esperanzas de felicidad; para recordarle los deberes que ambos tenían para con el conde, y para recabar de él que evitase todo cuanto pudiese levantar una sospecha en la mente de su tío.

¿Quién había enterado de tales menudencias á Samuel? Lotario mismo, del cual era el amigo y confidente más íntimo.

En las continuas visitas que ora Samuel hacía á Enghién, ya Federica á Menilmontant, ésta, que asimismo tenía depositada en Gelb toda su confianza, le hacía sabedor de todas sus zozobras é incertidumbres y le consultaba respecto de la conducta que debía seguir.

Como Julio se había incomodado en cierta ocasión que de Lotario y Federica le hablara Samuel, éste creyó que su delicadeza le ordenaba no volver á pronunciar tales nombres ante su amigo, para tranquilizar al cual, sin embargo, más de una vez estuvo tentado á repetirle todas las palabras de afecto

y de ternura que la joven profririera en su presencia respecto de su marido. La preocupación constante de Federica era la gratitud que debía al conde. ¿Qué hacer para tranquilizarle? ¿Cómo pagarle las bondades de que éste la había colmado?

A lo cual Samuel respondía que mientras ella permaneciera en Enghién y Lotario en París, no conseguiría que éste no dirigiese su caballo hacia San Dionisio los días que sabía iba ella á pasarlos al lado de su marido. Federica, á menos de dar pábulo á las hablillas, no podría decir á su cochero que no obedeciese al gesto del sobrino de su esposo, que le ordenaba que se detuviese, ni impedir al cochero que pusiese al corriente de tales encuentros á los criados del conde, ni que un transeunte la viese hablar con Lotario, ni que Julio, al saber que sus órdenes habían sido infringidas, diese vida en su mente á sospechas imaginarias.

No quedaba sino un camino: poner tierra entre ella y Lotario.

¿Pero cómo? ¿Pedir á éste que hiciese por abnegación lo que por desesperación había hecho, esto es, salir de París para volverse á Alemania y no regresar hasta que le hubiese devuelto la libertad la muerte de su tío? Esto era echar á perder la carrera del joven. Lo más conducente hubiera sido que Federica abandonase la capital de Francia en compañía de Julio. Ello no obstante y cada una de las veces que la joven manifestaba á su esposo deseos de ir á vivir con él en el castillo de Eberbach, Julio le había repetido lo que ya le dijera en Enghién, esto es, que por razones que no podía manifestar á nadie, no le era dable salir de París.

De esta suerte é imposibilitada por un igual de permanecer en París y de partir, la desventurada joven se encontraba en una situación por demás falsa y dolorosa.

Aquí de su relato, Samuel se calló para estudiar el efecto que producía en Julio; pero al verle mudo, inmóvil y taciturno y queriendo hacerle hablar á toda costa para arrancarle su secreto, echó mano á los reproches y á las preguntas directas.

—Tanto tú como Lotario os quejabais grandemente; no pensabais sino en vosotros, sin fijaros en que había quien era más digno de compasión que no tú y tu sobrino: Federica, que sufría de rechazo las consecuencias de vuestra arrebatada y celosa pasión. Uno y otro habíais tomado á pechos el hacer lo más triste que se puede imaginar la exis-

tencia de una mujer, de una niña, de una pobre y apacible criatura nacida ayer, pura y sin tacha; tú sobre todo. ¿Qué diablos podías echarle en rostro? ¿Temías que viese á Lotario? ¡Pero si ella no deseaba sino alejarse de él y poner entre los dos una distancia de trescientas leguas! Tú eres quien no quería que partiese, y aun sin querer alegar el porqué. Decías que te retenía en París una causa misteriosa, sin reflexionar que cuando un hombre tiene en más tales causas que no alejarse de su rival, es porque no le martirizan mucho los celos. No soy curioso, pero voto á mí que daría algo para saber qué imperiosa causa podía vedarte el ir á Eberbach.

Julio, que continuaba encerrado en su silencio, escuchaba á su interlocutor con gesto singular, serio y taciturno, lo cual empezaba á alarmar á Samuel.

—Sin embargo—dijo éste entre sí,—es natural que acabando de llevar á término tan terrible acto, esté absorto y mudo.

Luego y continuando su relato, añadió:

—Así pues, la dificultad principal de la situación de Federica la originaba la inexplicable circunstancia de que tú no querías ó no podías abandonar la capital. ¿Por qué te obstinabas en quedarte en Francia? Este era el nudo del asunto. Sin embargo, en vista de tu resistencia á manifestar la causa, era menester adivinarla, y esto creí conseguir á puro devanarme los sesos. Tu negativa á conducir á Federica á Eberbach, no obedecía sino á delicadeza y á recato; no querías aparentar que te la llevabas y la tiranizabas, ni deseabas enterrarla en la soledad con un enfermo. La misma razón que te vedara retenerla á tu lado en París, te impedía irte con ella á Eberbach. Te repugnaba labrar su desventura apelando á tu derecho estricto, separándola en absoluto de Lotario y abusando del abnegado ofrecimiento que te hacía. Este era, por modo evidente, á mi juicio, el escrúpulo que te retenía; porque ¿qué lazo te sujetaba á Francia? Embajador, ya no lo eras, no te ocupabas en política, y después de tu enfermedad habías roto con todas tus amistades. Nada, pues, tenías que hacer en París.

Mientras había ido sentando sus hipótesis, Samuel no desvió de Julio los ojos, para ver si descubriría un movimiento, una señal, una impresión en el marmóreo rostro de éste; pero todo fué inútil.

—Entonces—prosiguió Gelb, llegando á una conclusión necesaria—dije para mí: «En resumidas cuentas, á Julio le gustaría volverse á Alemania; pero es demasiado generoso para exigir y aun para aceptar este sacrificio de parte de Federica, para quien no quiere que se convierta en destierro su matrimonio. De lo contrario, si existe una causa que le obliga á permanecer en París, ¿por qué no indicársela á Federica? Si sobre el particular guarda silencio, es por la sencilla razón de que tal causa no existe.» ¿No argumentaba yo lógicamente? —preguntó Samuel á Julio, ensayando de nuevo hacer hablar á éste y mirándole cara á cara.

Pero el conde de Eberbach no fijó la atención en la pregunta ni en la mirada.

Samuel continuó explicando cómo se había visto inducido á aconsejar á Federica que saliese de Enghien y de Francia.

A Julio no le asistía evidentemente sino una razón para no querer partir: su delicadeza; pero como Federica se le anticipase partiendo de ella la iniciativa, aquél debía quedar satisfecho y agradecido.

Federica podía, pues, por modo el más natural, salir de su intolerable posición, y el modo este no era otro que el de partir de París sin comunicarlo á nadie, refugiarse en Eberbach, y desde el castillo escribir á su esposo que se pudiese en camino para reunirse á ella.

Julio no estaba enfermo hasta tal grado, que un viaje efectuado á cortas jornadas pudiese causarle fatiga; esto sin contar que el gozo de ver la abnegación de Federica y luego el cambio de aires le restituirían fuerzas y juventud.

Este plan proporcionaba la dicha á Julio, y la tranquilidad á Federica, á quien no martirizaría más con sus sospechas y con sus arrebatos.

—Yo—continuó Samuel—aconsejé cuán eficazmente pude á tu mujer, que tomase esta determinación, única que podía devolver la paz á dos corazones conturbados. Federica vaciló por espacio de muchos días, hasta que uno en que tú la acogiste con más frialdad que de costumbre, se decidió, tanto por conmiseración hacia ti, como en pro de su tranquilidad. Ya en este terreno, le aconsejé que nada escribiese á Lotario, no sólo para evitar que éste la hiciese desistir de su designio, sino también para ahorrarle la tristeza de la despedida y el dolor de la separación. Luego,

usando tu nombre, escribí á Eberbach á fin de que preparasen lo necesario para recibir á la condesa, á quien, por otra parte, debo reunirme en Estrasburgo para ir á instalarla. Si no he partido con ella, es porque he querido encontrarme aquí en el momento en que tú advertirías la partida de tu mujer, á fin de tranquilizarte y decírtelo todo. Cuando vine ayer y te encontré ya un poco turbado, ya yo sabía que Federica había emprendido el viaje y que no vendría; pero era aún demasiado presto, porque, según convinimos Federica y yo, no te haría sabedor de su marcha hasta lo más tarde posible, á fin de que encontrándose ella ya muy lejos tú no pudieses ir en su seguimiento y conducirla nuevamente acá. Como te hubiésemos advertido á tiempo, el sacrificio no hubiera sido real y sincero, pues entonces tú, creyéndote obligado á hacer gala de tu generosidad para con Federica, habrías exigido su regreso; esto sin hacer mención de que podías haber sospechado que ella quería asumir el mérito de una abnegación ilusoria y fingida. Lo que nosotros queríamos, era que al par que tú supieses su resolución, conocieses que ésta era verdadera é irrevocable. Obligado inopinadamente, como tú sabes, á ir á Maisons, resolví decírtelo todo anoche, á cuyo efecto contaba darme una vuelta por aquí á mi regreso de la comida. Por desgracia, empero, me retuvieron allá hasta hora más avanzada que yo creí, y me retiré ya muy tarde. Además, han surgido otras mil pequeñas y terribles dificultades. Primeramente, en mi turbación se me olvidó enviar á recoger en Enghien una carta que Federica, obedeciendo á lo que ella y yo convinimos, debió dejar para mí, sin dirección, á fin de indicarme la hora de su partida. Dicha carta, me parece que lo estoy viendo, habrá caído en tus manos, y como el sobre estaba en blanco te has creído que iba dirigida á Lotario. De haber yo sospechado la equivocación que se ha originado de este funesto olvido, me hubiera venido á una hora ú otra y te habría despertado; pero cuando he pensado en ello esta mañana, no he imaginado que esto pudiese tener consecuencia alguna grave, por lo que he creído que bastaría te lo dijese al vernos. Esta mañana muy temprano, me he salido de Menilmontant para verme acá; pero ha surgido otra fatalidad: en el camino me he encontrado con un individuo de los que asistieron ayer á la comida de Maisons; y como los acontecimientos políticos asumen tal gravedad

en estos momentos, no he podido demorar el cumplimiento de una comisión por extremo importante que aquél me ha confiado. Yo, que no podía adivinar tu equivocación, aunque sí tu zozobra, te he escrito una carta; pero por lo que veo, el mandadero á quien se la he entregado para que la pusiese en tus manos, se ha equivocado ó emborrachado. Como el asunto político que me ha absorbido todo el día me ha llevado hacia Menilmontant, antes de venir á verte me he dado una vuelta por mi casa, á la que he llegado en el preciso momento en que tú acababas de salir de ella. Marcelo me ha dicho que uno de tus criados había traído una carta, que luego tú has pasado á recoger, manifestándote, en tu gesto, contrariado de no encontrarme. Esto no me ha dado mala espina, te soy franco, pues me cabía la seguridad de que en dos palabras lograría tranquilizarte. Pero tu carta, que acabas de darme á leer, me espanta. Presiento, temo, veo una mala inteligencia terrible. Otra vez te lo pregunto, Julio, ¿qué ha sido de Lotario?

—Ya te he dicho que no pronuncies más este nombre— profirió Julio con voz anudada.

Samuel miró de hito en hito al conde.

Éste había escuchado la relación de su amigo con gesto de terror y cubierto de mortal palidez el rostro. ¿Qué escondía aquella fisonomía de bronce? ¿El estupor que sucede á uno de esos actos sangrientos que quebrantan y aniquilan al hombre más fuerte, ó bien un pensamiento secreto que Samuel no acertaba á penetrar?

Por más que Gelb hubiese estado espiando, durante su relación, el semblante de esfinge del conde, no pudo descubrir en él emoción alguna.

—¿Conque — repuso con frialdad Julio — á estas horas Federica está cerca de Eberbach?

—Sí—respondió Samuel.—¿Quieres que la advierta, que la llame ó que me reúna á ella?

—No, gracias, yo me encargo de todo. Me has dicho cuanto me interesaba saber. Ahora te agradeceré que me dejes; necesito estar á solas.

—Pero—objetó Samuel—después de las terribles emociones que acabas de pasar...

—Necesito de reposo y de soledad—insistió Julio.

—¿Tienes que comunicarme algo?—preguntó Samuel.

—Esta noche, nada; pero no temas, no tardaremos mu-

cho en celebrar una conferencia—respondió Julio con acento que dió que pensar á Gelb.

Sin embargo, como éste, ante la insistencia de Julio, no tenía otro remedio que marcharse, dijo:

—Me voy; hasta luego.

—Hasta luego—repitió Julio.

—Su gesto es extraño—decía entre sí Samuel mientras iba bajando por la escalera y atravesaba el patio,—pero ¡bah! esto se comprende, acaba de matar á un hombre, ¡y quien no está acostumbrado á ello! Está lúgubre y como embrutecido... Tal vez acaricia un designio oculto... ¿Por qué quiere quedarse á solas en unos momentos en que por lo común la compañía es grata al hombre? ¿Acaso intentará suicidarse? ¡Caramba! no sería mala la idea. Por mi parte no se lo acriminaría, pues me ahorraría trabajo. Ea, de un tiro he matado dos pájaros. Decididamente los acontecimientos no son sino los humildísimos servidores de la voluntad humana. Con un poco de inteligencia podemos pasarnos perfectamente sin Dios.

Ahora vamos á ver cómo la voluntad y la inteligencia de Samuel no habían conseguido sino acercar Federica á Gretchen.

X

En camino

Mientras Julio y Lotario caían de esta suerte en el lazo que les armara Samuel Gelb, Federica viajaba, acompañada de la señora Trichter, en dirección á Estrasburgo.

La joven estaba triste y desasosegada: triste á causa de Lotario, desasosegada á causa del conde. ¿Qué impresión iba á producir á los dos su inopinada partida? Lotario se desesperaría, era indudable; pero ¿quedaría satisfecho Julio? ¿Y si el señor Samuel Gelb se hubiese engañado? ¿Si fuese la necesidad y no la discreción y la reserva lo que obligase á permanecer en París al conde, es decir, si algún interés esencial le

vedase salir de Francia? En este caso ¿no estaría descontento de verse arrancado á la fuerza del centro de su existencia y de sus preocupaciones, pese á haber formalmente manifestado una y otra vez su voluntad?

A medida que iba alejándose, Federica sentíase más y más arrepentida, casi experimentaba el remordimiento. Aquella fuga, digámoslo así, la llenaba de turbación, y pábulo de ella se preguntaba hasta qué punto el amor propio y la ternura del conde de Eberbach quedarían satisfechos al verla confesar, en cierto modo, en su fuga misma, que se hallaba obligada á alejarse de Lotario, cual si no se sintiese capaz de resistirle de cerca y de no continuar viéndole á pesar de la voluntad de su marido. Ahora miraba su partida al través de un prisma muy distinto, y lo que hiciera por delicadeza hacia el conde, parecíale una agravio del que éste tenía derecho á ofenderse.

¡Y para esto había lacerado el corazón de Lotario!

Ahora, ahora se arrepentía de no habérselo dicho todo á su marido, de no haberle hablado con el corazón en la mano, de no haber inquirido de él si le sería grato ir á vivir en el castillo de Eberbach.

—¡Pero esto se lo habéis preguntado mil veces!—decía la señora Tichter.—Además, el señor Samuel Gelb os ha explicado por qué el señor conde os ocultaba su verdadero deseo: por temor á abusar de vuestra abnegación. Es menester que no os deis los malos ratos que os estáis dando. Vos no habéis partido porque sí, por calaverada, sino siguiendo el parecer de un hombre que os ha educado, que siempre ha sido vuestro mejor amigo, que conoce más que no vos al conde de Eberbach. ¿Sospecháis acaso del señor Samuel Gelb?

—No—respondió Federica;—tengo absoluta confianza en él, pues siempre me ha colmado de bondades; pero ¿qué queréis? no estoy acostumbrada á viajar, máxime sola; esta es la primera vez que salgo de París, y estoy llena de sorpresa, siento miedo al verme corriendo por las carreteras.

—Después que hayamos efectuado algunos relevos más, se os pasará—dijo la señora Trichter.

Sin embargo, los relevos se sucedían y la zozobra de la joven continuaba lo mismo.

—Mañana os reiréis de vuestra angustia de hoy—decía la señora Trichter á Federica para tranquilizarla.—En este

momento el señor Samuel Gelb se pone en camino para reunirse. A más tardar, mañana le veréis y os dará noticias del conde, y entonces os arrepentiréis de no haber gozado de este encantador viaje, efectuado en esta buena silla de posta. ¡Cómo! ¿el señor Samuel Gelb lo ha arreglado todo tan bien que puede decirse que no debemos ocuparnos en nada, pues lo hallamos todo dispuesto, relevos y postillones, y todavía no estáis satisfecha? El señor Samuel es capaz de llegar antes que nosotras. ¿Qué diríais si fuese él quien abriese la portezuela de nuestro coche al llegar á Estrasburgo? ¿Recorreremos esta ciudad si el señor Samuel tarda un poco en llegar? Es mi patria; os acompañaré á todas partes. ¡Veréis qué hermosa catedral! Pero verdaderamente ponéis una cara triste, que no parece sino que os conducen á una tierra salvaje. Estrasburgo es una ciudad tan hermosa como París, ¿oís lo que os digo?

Pero las frases de consuelo de la señora Trichter no eran parte á disipar la nube más y más densa que iba extendiéndose por la hermosa frente de Federica.

La cual, no pudiendo, de noche, conciliar el sueño, bajaba los cristales de la silla de posta para que el aire le refrescase un poco la abrasada frente, mientras miraba pasar cual negros fantasmas los árboles del camino.

A eso de las diez y cuarto del día siguiente, Federica experimentó de improviso una gran congoja; estremeciéndose como herida de una conmoción inexplicable.

Era precisamente el momento en que el conde de Eberbach, en la embajada de Prusia, arrojaba su guante al rostro de Lotario.

¡Singular simpatía! Aquel dolor indecible le duró á Federica hasta la entrada de la noche, hasta la hora del duelo.

Entonces le pareció que de pronto cedía la fiebre, y le pararon los latidos del corazón como si todo hubiese terminado, y cayó en una especie de letargo, del que la arrancó de improviso la señora Trichter para decirle que habían llegado y podía bajarse.

En efecto, la silla de posta estaba en Estrasburgo, á la puerta de la fonda del Sol, donde por recomendación de Samuel debían alojarse las dos mujeres y en la que éste debía reunirseles.

Gelb no había llegado; mas no por esto se experimentaba

retraso alguno, ya que aquél, según su promesa, no tenía que efectuarlo hasta la velada ó por noche.

Federica no sentía apetito; pero obedeciendo á las reiteradas instancias de la señora Trichter, tomó un bocado y se retiró á su cuarto inmediatamente, en el que veló hasta media noche; á cuya hora, viendo que Samuel no había llegado y fatigada del camino y por la emoción, se acostó y se durmió.

Muy temprano era todavía cuando, aguijada por la impaciencia, abrió los ojos.

Lo que primero hizo entonces la joven, fué tocar la campanilla, á cuyo son acudió solícita la señora Trichter.

—¿Ha llegado el señor Samuel?—preguntó á ésta Federica.

—Todavía no, señora; pero el correo ha traído esta carta de él para vos.

—¿Una carta del señor Gelb?—exclamó la joven.—¿Por qué en su lugar llega una carta? Dádmela.

Federica tomó la carta y leyó en voz alta:

«Hija mía: Como os prometí, pensaba ponerme en camino mediado el día para reunirme á vos; pero ha llovido sobre mí un asunto imprevisto en el que están comprometidas todas mis convicciones políticas, y me veo obligado á permanecer aquí hasta esta noche y tal vez hasta mañana. No me aguardéis, pues, en Estrasburgo.

«Tan pronto ésta llegue á vuestras manos, anudad la marcha hasta el castillo de Eberbach, donde tienen aviso de vuestro viaje, y en el cual seréis recibida como una reina.

«En cuanto á Julio, nada temáis. Dentro de algunas horas, y aun antes de que haya advertido vuestra partida, le haré sabedor de la generosa resolución que habéis tomado.

«Me anima una esperanza: ¿quién sabe si querrá partir conmigo y llevaros el mismo la expresión de su gratitud? Por esta razón, todavía vale más que permanezca yo algunas horas más en París.

«Cuando lleguéis á Eberbach, ó al día siguiente de vuestra llegada, á lo más, recibiréis una carta en la que os comunicaré cuanto hayamos hecho, dicho ó resuelto.

«Cuidad mucho de vos. Decid á la señora Trichter que os recomiendo absolutamente á ella y que la hago respon-

sable del más leve accidente, de la más insignificante incomodidad que podáis experimentar.

»Hasta la vista.

»Vuestro amigo,

»SAMUEL GELB.»

—Me vuelvo á París—dijo Federica en leyendo la carta.

—¡Cómo!—exclamó la señora Trichter llena de admiración.—¿Por qué?

—Sí—profirió la joven,—allá me vuelvo. He pasado dos días por demás insufribles, ayer y antier; y como esperaba que á lo menos hoy me sería dable contar con alguno que me tranquilizase y me pusiese al corriente, y ese no viene, me vuelvo al lado del conde. No quiero anudar el viaje entregada nuevamente á mí misma. Pedid caballos.

—Voy á pedirlos—dijo la señora Trichter,—pero confío que no será para regresar á París.

—Necesito ver de nuevo al conde lo más antes posible—repuso Federica.

—Tal vez volviéndoos á París no lo consigáis—replicó la señora Trichter.

—¿Dónde podré verle más pronto que en París?

—El señor Gelb os escribe con fecha de anteayer que al día siguiente se pone en camino y que es fácil le acompañe el conde.

—Tal vez, dice—interrumpió Federica.

—Dadlo por admitido—profirió la señora Trichter.—Al volveros á París, os exponéis á cruzaros con ellos en el camino, á ir á la capital en busca de quien á su vez os esté buscando en Eberbach.

—Decís bien—repuso la joven con desaliento;—pero ¿qué queréis que haga?

—Ante todo almorzar—respondió la señora Trichter.

—No siento apetito.

—El señor Samuel Gelb me ha hecho responsable de vuestra salud; por lo tanto es menester que me obedezcáis. Luego, cuando hayáis almorzado, haremos lo que aquél nos recomienda: nos dirigiremos á Eberbach, donde aguardaremos su carta y al señor conde.

—Ordenad lo que sea necesario—dijo la pobre joven anadada.

Media hora después la silla de posta salía de Estrasburgo.

XI

Recibimiento en el castillo

Efectivamente, conforme dijera Samuel, á Federica la estaban aguardando en el castillo de Eberbach; y aun los criados del mismo, cuya haraganería iba á verse turbada por la llegada de la joven, habían, sobre el particular, celebrado un consejo.

Y aquí encaja decir que á los susodichos criados les informara Julio, en tiempo oportuno, de su matrimonio con Federica, enviándoles una gratificación para que participasen de la fiesta, y que pasaron dos días entregados á regocijos y danzas, á los cuales invitaron á los vecinos más notables de Landeck.

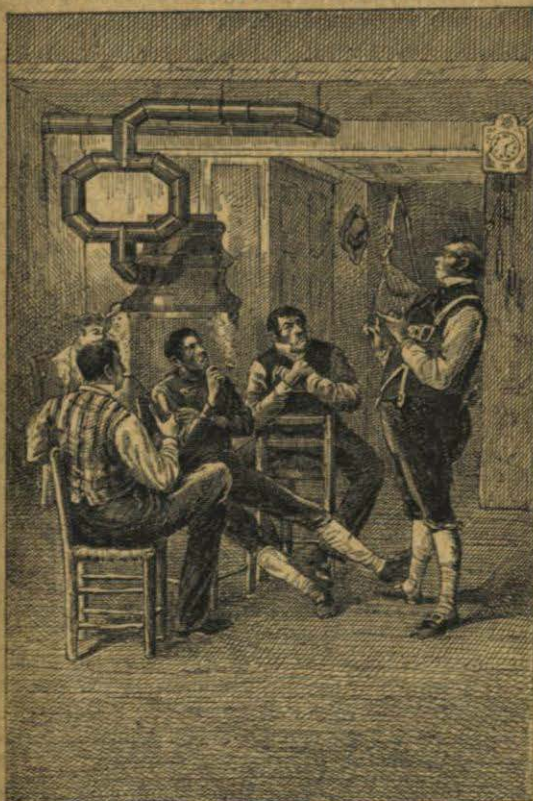
Luego los criados no habían pensado más en su amo ni en su ama, hasta el día en que, por la carta de Samuel, supieron que la condesa y probablemente el conde de Eberbach iban á pasar el verano en el castillo.

Un intruso que, sin decir agua va, se metiera en la hora de la comida, en la primera casa con que se encontrase, se sentase á la mesa y se zampara las más suculentas tajadas, y después de comer se fuese á dormir la siesta en la mejor pieza, no parecería á los dueños de la casa, más insolente y audaz que lo parecieron á los criados del castillo aquellos condes, impertinentes hasta el extremo de atreverse á ir á pasar una temporada en su propia vivienda.

La carta de Samuel produjo el efecto que la piedra arrojada en un pantano tranquilo: al punto hace cantar á todas las ranas. En el castillo hubo una semi insurrección.

Pero un discurso elocuente de Hans, que entre los criados era el que tenía más bien puestos los sesos, apaciguó la revuelta atajándola en sus comienzos.

Hans se expresó poco más ó menos en estos términos:



Hans se expresó poco más ó menos...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FRANCISCO REYES
1970. Tercera Edición MONTERREY, MÉXICO

—Duro es por cierto, cuando uno se ha acostumbrado á vivir en la soledad y en el reposo; cuando tal vez ha conquistado el derecho á mirar como suyo un castillo tal que sus propietarios abandonan; cuando se ha contraído la agradable costumbre de comer las frutas más sabrosas y las legumbres más exquisitas, y de vender lo demás; cuando, en fin, uno disfruta de todas las satisfacciones de la vida de los amos sin experimentar ninguno de los inconvenientes y cuidados anejos á ella, descender nuevamente á la categoría de criado, obedecer, levantarse y acostarse á la hora que les place á los demás, guisar para los otros y para los otros coger la fruta, y cepillar ropa y limpiar botas. Sí, verdaderamente la existencia ofrece otros placeres muy distintos de los que acabo de enumerar. Pero ¡cuán insensatos sois! ¿acaso no nos recompensarán nuestras fatigas? Por regla general toda mujer joven y recién casada es pródiga; el dinero se le escapa de entre los dedos. ¡Cuántos gastos, qué de larguezas, cuántas propinas! Fruta y legumbres abundan lo bastante para que de ellas podamos hartarnos por mucho que de ellas coman nuestros amos. Lo primero de que disfrutaremos es del aumento de salario. Además ¿no se os hace agua la boca al pensar en el alegrón que vamos á experimentar el día en que el conde y la condesa, pasado el estío, se vuelvan á la ciudad después de colmarnos de regalos, y en que disfrutaremos de la doble satisfacción de ver partir á nuestros amos y quedar su dinero?

La arenga de Hans obtuvo el triunfo más completo; desde entonces todos rivalizaron en celo para preparar el recibimiento de la joven señora del castillo.

Por Landeck y los pueblos circunvecinos no tardó en cundir el rumor de la próxima llegada de la nueva condesa de Eberbach; y el rumor circuló con tanta rapidez, que la tarde misma de haberse recibido en el castillo la carta de Samuel, llegó á oídos de Gretchen.

La cabrera había ya sentido un acceso de amarga tristeza al tener conocimiento del nuevo matrimonio del conde de Eberbach, pues parecióle que Cristiana moría por segunda vez; pero su dolor y su amargura redoblaron cuando supo que la nueva condesa iba á llegar á aquel castillo, lleno del recuerdo de la primera esposa de Julio. La llegada de una extraña á aquella vivienda construída para Cristiana, habitada únicamente por ésta en otros tiempos y ahora por su

memoria, producían á Gretchen el efecto de una impiedad y de un sacrilegio.

Para ella, aquel castillo no era sino la sepultura de su querida difunta; parecíale que era un lugar consagrado y que pertenecía á la muerte. Introducir en él la vida, la animación mundana, los intereses vulgares, tal vez las fiestas, asumía, según su modo de sentir, algo como la violación de una tumba.

Gretchen no quería presenciar semejante; repugnábale asistir á tal profanación.

Precisamente era la época del año en que ella acostumbraba á emprender su viaje á París, y decidió ponerse en camino el día mismo en que debía llegar la nueva condesa.

Por otra parte, su viaje era más necesario que nunca, pues á pesar de la promesa que Federica la hiciera en Menilmontant el año precedente, no había la cabrera recibido carta alguna de la joven.

¿A qué se debía que Federica no la hubiese escrito? ¿desconfiaba ésta de la extranjera á quien veía aparecer por un cuarto de hora cada año y se negaba á darse á conocer? ¿ó bien la había olvidado, ó estaba enferma?

Precisaba, pues, que Gretchen fuese á cerciorarse de lo que ocurría.

El día mismo en que Federica salía de Estrasburgo, Gretchen escribió á Gamba que llegaría á París á los seis de la fecha de la carta, se despidió de sus cabras, cuya guarda confió á otra pastora, y con el morral á la espalda se puso en camino por la tarde de un hermoso día de mayo, con la intención de pernóctar en Heidelberg.

La pastora anduvo con paso firme de un tirón hasta Neckarsteinach, donde se detuvo para recobrar aliento y roer un cuscurro.

Gretchen se sentó en el poyo de piedra de la casa de postas, y en el momento en que hincaba el diente en el pan, con el apetito que da el caminar al aire libre, el rumor producido por el galope de unos caballos le hizo levantar la cabeza, y vió, á la distancia de algunos centenares de pasos, una nube de polvo, al través de la cual no tardó en distinguir una silla de posta.

A Gretchen se le acudió involuntariamente un pensamiento que la llenó de cólera.

Aquella silla de posta venía de Heidelberg y se dirigía á Eberbach.

—¿Si fuese la nueva condesa!—pensó la pastora, perdiendo repentinamente el apetito, dejando caer el pedazo de pan que tenía en la mano y levantándose para huir.

En esto el coche estaba ya á la puerta de la hostería y el posadero abría la portezuela.

Gretchen recogió su pequeño equipaje.

—¿Cómo se llama este pueblo?—preguntó desde el interior de la silla de posta una voz femenina.

—Neckarsteinach, señora—respondió el posadero.

—¿Estamos todavía muy lejos de Eberbach?

—Sólo algunas millas.

—Esto es—dijo Gretchen entre sí;—es ella. ¡Partamos pronto!

La pastora echó á andar.

—¿No se apean las señoras?—preguntó el posadero.

—No, gracias—respondió otra voz desde el coche.

Al oír la cual, Gretchen, que se había ya alejado algunos pasos, retrocedió inmediatamente, se acercó al coche, metió la cabeza por la ventanilla y exclamó con voz indecible:

—¡Federica!

La joven fijó los ojos en la mujer que acababa de pronunciar su nombre, y de momento no la conoció.

—¡Ah!—profirió la cabrera—y yo que iba á buscaros tan lejos, cuando Dios os ponía en mi camino. ¿No me conocéis?

—¡Oh! sí, ahora os conozco—respondió Federica.—Aguardaos, señora, voy á apearme.

Gretchen abrió la portezuela, y la joven y la señora Trichter bajaron del coche.

—Perdonadme, señora mía—dijo Federica estrechando las manos á Gretchen,—perdonadme que no os haya conocido desde luego; ¡pero estaba tan distante de esperar encontraros aquí, y me bullen tantas cosas en la imaginación!

—Ya me lo contaréis todo—repuso Gretchen palideciendo prontamente;—pero ahora mismo es preciso que me respondáis á una pregunta.

—Decid.

—¡Oh Dios mío!—profirió la cabrera—lo que voy á saber me espanta.

—¿Que tenéis?—preguntó Federica con zozobra.

—¿Adónde vais?—repuso Gretchen haciendo un esfuerzo.

—Al castillo de Eberbach.

—¡Virgen Santísima! Pero vais por pura curiosidad ¿no es así? ó en calidad de amiga. ¿Lo ha prestado su dueño al señor Samuel Gelb? ¿Verdad que no venís sino con estos títulos?

—¿Qué queréis decir?

—En este instante los criados del castillo de Eberbach están aguardando á su ama, que va á llegar de un momento á otro. ¡Oh! pero no sois vos.

—Sí soy—respondió Federica.

—¡Jesús! ¡María!—murmuró la cabrera, tambaleándose y cayendo sobre el banco de piedra.

—¿Qué tenéis?—preguntó la joven llena de estupefacción.

—Nada—respondió Gretchen temblando de pies á cabeza y después de dilatado silencio.—Ya os lo diré... Os explicaré... pero no ahora. No esperaba esta desgracia... Me sería imposible hablar... Después... esta noche... en el castillo.

Los caballos habían sido relevados, y el postillón estaba aguardando, mientras hacía restallar su látigo y sonar los cascabeles de su tiro.

—Volveos á vuestra casa con nosotras—dijo Federica á Gretchen.—En el coche hay sitio para vos. Ea, subíos y me diréis á qué obedete vuestro espanto.

Gretchen hizo un gesto desesperado, como queriendo decir: ya no puedo recibir una noticia peor, y se subió á la silla de posta, seguida de la joven y de la señora Trichter.

El postillón dió un latigazo á sus caballos, que partieron al galope.

Durante el camino y cediendo á los reiterados ruegos de Gretchen, Federica contó á ésta cuanto le ocurriera desde la última vez que la cabrera había estado en Menilmontant.

Gretchen interrumpía á cada momento el relato de la joven con exclamaciones de estupefacción y de terror.

—¡Me habéis prometido con tantas veras—decía la cabrera á Federica—escribirme y no dejarme nunca sin noticias de vos! ¿Por qué cuando os vi el año pasado, no me hablasteis del conde de Eberbach?

—Porque entonces no le conocía—respondió la joven;—nuestras relaciones empezaron de un modo muy súbito.

Y Federica refirió á Gretchen su ida á la casa del conde de Eberbach para salvarle la vida; cómo Julio había caído enfermo el mismo día y obtenido del señor Samuel Gelb que



Cayendo sobre el banco de piedra.

éste se quedase, con ella, en el palacio de la embajada, y cómo, habiéndose aquél acostumbrado á verla á su lado, la había pedido en matrimonio y ella aceptado, impulsada hacia él por una simpatía rara é inexplicable.

—No es eso lo inexplicable y raro—interrumpió Gretchen; —pero os lo repito, ¿por qué después de cuanto os dije, habéis podido llevar á cabo un acto de tanta gravedad antes de habérmelo prevenido por medio de una carta dirigida á Heidelberg al punto que os indiqué? De haberlo hecho vos así, todo se habría salvado.

—Los acontecimientos se precipitaron de tal suerte, que me dejaron atontada. No me acriminéis el que os hubiese olvidado, pues hasta me olvidé de mí misma. Arrancada de mi obscuridad y de mi pobreza para casar inopinadamente con el conde de Eberbach, con su apellido, su fortuna, su autoridad y sus años, estaba yo, de todos lados, tan distante de mis ensueños de la víspera, que me sentí como arrastrada por un torbellino, sin darme cuenta de adónde iba. Sí, tenéis razón; debí haber hablado con vos y con todos, y en primer lugar con el conde, el cual, bueno como es, no hubiera querido labrar la desventura de su sobrino. Pero era tal mi turbación, que yo misma no sabía qué deseaba, ni si deseaba algo.

Empezaba á obscurecer cuando Federica terminó su relato.

Gretchen, á quien algunos incidentes de esta singular historia pusieran imaginativa, había cesado de interrogar á Federica y dejado de responder á las preguntas de ésta. Indudablemente la coartaba la presencia de la señora Trichter. No se oía sino el diálogo entablado entre la tralla del postillón y los cascabeles del tiro.

—¿Vamos á llegar pronto?—preguntó Federica.

—A no tardar—respondió Gretchen.

Diez minutos después la silla de posta se detuvo ante la verja del castillo, á la que sin tardanza abrió de par en par el portero.

La noche estaba ya completamente oscura, y en el castillo no se veía una luz, no se oía una voz, ni se notaba cosa alguna indicativa de que la condesa fuese esperada.

Giró sobre sus goznes el enrejado, y la silla de posta se internó en la alameda ovalada que aflúta á la escalinata.

De improviso y en el instante en que los caballos penetraban debajo del follaje, se oyó una formidable descarga, sa-

lieron de entre los árboles y de detrás de las paredes multitud de antorchas, y con acento más grato al corazón que suave al oído, un coro entonó con voz robusta un: «¡Viva la condesa de Eberbach!»

Luego una nueva descarga dió á Federica otro susto igual al que le había producido la primera.

Los criados colocáronse en fila á ambos lados de la escalinata, y Hans acudió á abrir la portezuela de la silla de posta.

—Gracias, amigos míos—dijo Federica;—pero por favor no hagáis más disparos.

No acababa aún de pronunciar la joven estas palabras, cuando una tercera descarga más formidable que las precedentes hizo retemblar los cristales del castillo.

—Perdónenos la señora condesa—dijo Hans,—son los de Landeck, que han creído serle gratos quemando un poco de pólvora en su obsequio; pero se les va á avisar para que cesen.

—Os lo agradeceré—profirió Federica.

Y dejando á la señora Trichter que pagase al postillón, la joven entró en el castillo acompañada de Gretchen.

—¿Cenará la señora condesa?—preguntó el cocinero.

—Al instante—respondió Federica;—pero ante todo condúzcanme á las habitaciones que me han preparado.

Una mujer, esposa de Hans, tomó una bujía encendida y condujo á la joven al aposento que en otro tiempo estuvo destinado á Cristiana.

Gretchen subió en compañía de Federica.

—Dejadnos—dijo la condesa á la criada.

XII

Terror contagioso

Una vez la mujer de Hans estuvo fuera, Federica se volvió hacia Gretchen y la dijo:

—Ya nos encontramos á solas. Explicadme lo que no habéis querido decirme en la silla de posta. ¿Por qué la noticia de mi casamiento con el conde de Eberbach al parecer os ha llenado de admiración y de tristeza?

—No, aquí no—profirió la cabrera.—En este aposento han pasado sucesos espantosos y su recuerdo nos sería fatal. Vámonos á la pieza contigua.

Y Gretchen, al decir estas palabras, tiró del brazo á Federica y la condujo al saloncito inmediato al aposento en que tanto había sufrido Cristiana.

—Hablad—dijo la joven;—pero ¡cuán pálida estáis!

—¡Es que me mata el miedo!—repuso la cabrera.

—¿Miedo de qué?

—¡Vos condesa de Eberbach!—profirió Gretchen sin responder á la pregunta de Federica.—¡Ah! ¡yo me tengo la culpa! ¡es el castigo de lo que he hecho! Mi deber era hablar; pero no, me estaba vedado; juré guardar silencio. ¡Virgen Santísima! ¿es posible que Dios abruma por tal modo la conciencia de una humilde criatura?

—¿Pero qué queréis decir?

—Federica... señora... Me habéis comunicado una noticia que me ha llenado de consternación, pero también habéis proferido algunas palabras que me han hecho entrever una vislumbre de esperanza. ¡Oh! por favor os ruego que no os enfadéis de la pregunta que voy á dirigiros.

—Sólo vuestro silencio puede ofenderme.

—En el coche me habéis dicho que cuando casasteis con el conde de Eberbach, éste estaba enfermo y casi moribundo; que el día mismo de vuestra boda, llegó el señor Lotario; que